

...en el que se descubre otra desaparición

Ya en casa, antes de dormirse en su cama, a Álex le atormentaba una sola duda: si mañana por la mañana encontraría a Bartolomiau en la cocina o en alguna de las habitaciones. El gato se había teletransportado de la biblioteca a algún otro lugar, ya fuera de vuelta a su casa o... Álex no quería ni pensar en la segunda opción. Pero la probabilidad de que su querido gato hubiera desaparecido era bastante alta. Ese pensamiento tuvo a Álex despierto y revolviéndose bajo las sábanas hasta las dos de la madrugada, y el resto de la noche tuvo pesadillas en las que Bartolomiau volaba hacia a algún lugar del espacio exterior sin nadie que lo rescatara.

Por eso, por la mañana, cuando su madre vino a despertarlo, Álex no estaba de buen humor. ¿Quién querría ir a la escuela tan pronto por la mañana sin haber dormido nada? Pero, recordando sus temores del día anterior, en lugar de sus murmullos matutinos, Álex le preguntó:

— Mamá, ¿has visto a Bartolomiau esta mañana?





— No, aún no lo he visto. Debe estar durmiendo en algún lugar. ¿Por qué?

— Por nada. Es que anoche estaba en mi habitación y ahora no lo veo.

— Bueno, ya sabes cómo es. Hoy está aquí, mañana está allí. Es un gato. Les gusta pasear por donde les apetece —dijo su madre.

Álex, por supuesto, no se conformó con tal respuesta, así que echó un vistazo a su habitación antes de ir al baño y al salón de camino a la cocina. Bartolomiau no aparecía por ninguna parte.

— Álex, date prisa. Vas a llegar tarde a la escuela —le recordó su madre.

— Sí, sí, mamá, ya voy —dijo Álex, y miró en el armario—. Pssst, pssst. Bartolomiau, ¿estás ahí?

Pero tampoco había ningún gato en el armario.

— Tenemos un problema —pensó Álex, olvidando su cansancio y su sueño—. Creo que lo hemos perdido.

Finalmente, Álex llegó a la cocina y se sentó a desayunar. Bartolomiau había desaparecido. Álex tenía sueño y no quería ir a la escuela, pero, en lugar de dormir, necesitaba un plan. Tenía mil pensamientos en la cabeza mientras comía un bocadillo con desgana.

«Odio las mañanas. Cuando sea mayor, dormiré hasta la hora de comer todos los días» —pensó Álex mientras se tomaba un café.

— ¿Te acostaste temprano anoche y aun así no dormiste lo suficiente? —preguntó el padre de Álex, que entró en la cocina y, con sólo mirarlo, lo entendió todo.

— No, he dormido lo suficiente. Estoy bien —contestó Álex con voz somnolienta.

— Hoy te llevaré a la escuela en coche para que no te duermas por el camino —dijo su padre, y dio un gran sorbo a su café.

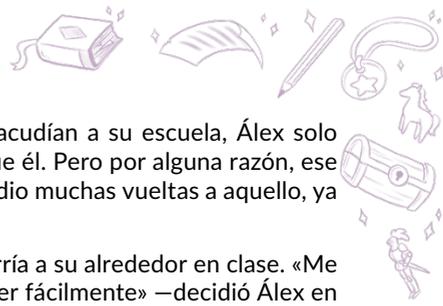
— Puedo ir andando, no pasa nada —objetó Álex, ya que de camino quería pensar en un plan de acción para rescatar a Bartolomiau.

— De eso nada. He dicho que te llevo en coche y te llevo —dijo su padre.

Era inútil discutir, y tampoco tenía energía para hacerlo. Así que Álex se limitó a asentir en silencio.

Obviamente, Álex se durmió en el coche: cuando no has dormido lo suficiente, cualquier oportunidad para hacerlo es un regalo.

El ruido de los pasillos de la escuela hizo que Álex se animara un poco. Álex había estado pensando en el plan todo el día, en clase y en el recreo. Sabía que algunos alumnos de su escuela también habían estudiado en la Academia de Magia Novakid, pero apenas los conocía. Siempre cruzaba los dedos en señal de saludo cuando se encontraba con ellos. Era la contraseña secreta especial de los estudiantes de la Academia en el mundo exterior, el mundo humano. Esto pasaba desapercibido para los demás, pero todos los «iniciados» reconocían la señal y respondían del mismo



modo. De todos los alumnos de la Academia que acudían a su escuela, Álex solo conocía bien a Lisa, que estaba en la misma clase que él. Pero por alguna razón, ese día no había venido a clase. Sin embargo, Álex no le dio muchas vueltas a aquello, ya tenía suficientes cosas en las que pensar.

Álex no quería escuchar en absoluto lo que ocurría a su alrededor en clase. «Me preparé bien para mis clases, así que podré responder fácilmente» —decidió Álex en la primera clase, y continuó recordando el día anterior e ideando un plan para salvar a Bartolomiau. Todo fue bien hasta que llegó la última clase.

«Entonces, si Bartolomiau desapareció en el momento del teletransporte pero no apareció ni en la sala de invitados, ni en casa, ¿dónde estará? Podría estar en cualquier lugar. Aunque... ¿y si se quedó en la biblioteca? Porque no volvimos allí ayer». Durante el té, nadie pensó en la biblioteca: todos hablaban de la maravillosa sala de invitados. Álex, satisfecho de saber más que el resto por una vez, repitió a Luna y a Astro las palabras de Novus Wizword, mientras el profesor asentía, sorbiendo su fragante té. «Así que tengo que volver hoy a la Academia de Magia Novakid y revisar la biblioteca...»

— ¿Álex? ¿Estás con nosotros? —la profesora Georgina miró con seriedad a Álex y parecía que no era la primera vez que le hacía esa pregunta.

Era la última clase, aritmética, la mitad de la cual Álex había pasado sumido en sus pensamientos.

— Eh... Sí...

Desde los pupitres del fondo se escucharon risas.

— ¿Has hecho los deberes?

— Sí —respondió Álex con seguridad, abrió su cuaderno y descubrió que había cogido el equivocado.

— Entonces resuelve el tercer problema —indicó la profesora.

«Qué molesta es esta escuela —pensó Álex, sacando de su maletín su cuaderno de aritmética—. No me dejarán terminar de trazar un plan».

Cuando Álex llegó a casa después del colegio, su madre no le recibió con su pregunta habitual «¿qué tal el colegio?», sino que, al ver a su hijo, exclamó:

— ¡Bartolomiau se ha perdido de verdad! ¡Tenías razón al buscarlo toda la mañana! Puede que se escapara cuando vino el mensajero ayer».

— Probablemente... —respondió Álex, que sabía mucho más de lo que su madre podía imaginarse.

